El populismo, entre religión y política. Sobre las raíces históricas del antiliberalismo en América Latina

LORIS ZANATTA
Università di Bologna

América Latina, como es bien sabido, es el paraíso del populismo. Lo ha sido un tiempo, cuando estaban en el escenario los Perón, los Vargas, los Cárdenas, por mencionar los casos más famosos. Hoy en día sigue siéndolo en cierta medida a través de los Chávez y sus émulos a lo largo y ancho del continente, en los Parlamentos y en los sindicatos, en los cuarteles, en los movimientos sociales, en las Iglesias y por supuesto en las casas de gobierno. Desde Argentina hasta Ecuador, desde Bolivia hasta México, con las raras y parciales excepciones de Chile y Uruguay, el populismo es y ha sido durante gran parte del siglo XX una de las características endémicas de la vida latinoamericana, tanto en la realidad política y social como en la religiosa, artística e intelectual. ¿Por qué? ¿Qué hay de tan fértil en el terreno de aquel continente para hacer madurar tan a menudo y tan fuerte la planta del populismo? Y, sobre todo: ¿qué es ese fenómeno que se suele llamar con un mismo nombre, a pesar de tener rostros e historias muchas veces tan diversos entre sí?¹

En América Latina, como en otros lugares, obviamente no hay consenso sobre qué significa el populismo y por qué vuelve con tanta fuerza y regularidad. Es inevitable para un fenómeno tan controvertido y un término tan polisémico, utilizado para definir tanto regímenes como partidos, movimientos, liderazgos, políticas económicas, lenguajes y muchas otras cosas. Además, el hecho de que el populismo no esté a la derecha ni a la izquierda o, mejor aún, no sólo a la derecha ni sólo a la izquierda, ni ocupe un puesto fijo y determinado en la escala social, no simplifica los problemas. ¿Acaso el Perón “fascista” de los

loris.zanatta@unibo.it

años cuarenta no fue invocado como numen de la “patria socialista” treinta años después? ¿Y el Vargas reaccionario del Estado Novo no se convirtió, más tarde, en el padre de los pobres de la iconografía progresista? Y en sentido contrario, Víctor Raúl Haya de la Torre, el emblema del populismo peruano de los años 20, ¿no terminó a la derecha su largo viaje que había comenzado por la izquierda?² Para qué continuar con los ejemplos: habría una infinidad. En fin, la palabra es tan vaga y se usa tanto que provoca irritación y, al mismo tiempo, da ganas de liberarse de ella. Pero vuelve. Más vale entonces buscar la clave o, al menos, una clave en la bulliciosa cacofonía de las mil voces que desde Gino Germani se han dedicado al populismo en América Latina,³ en un primer momento recorriendo someramente el enredado debate sobre sus orígenes y naturaleza; luego tomando posición al respecto; y finalmente tratando de explicar las razones históricas del eterno retorno del populismo en América Latina. Todo esto con el objetivo de entender cómo y por qué el populismo ha sido en el pasado y sigue siendo hoy el mayor y más peligroso adversario político e ideológico del liberalismo; y por qué ello ocurre en América Latina con más éxito y arraigo que en otros lugares.

1. El populismo en América Latina. Breve historia de un concepto

Antes de recorrer, de manera sintética, la trayectoria del populismo como concepto en los estudios sobre América Latina, vale la pena recordar sus orígenes históricos. Los populismos en América Latina nacen, prosperan y se difunden cuando la región, o algunos de sus fragmentos, entran en la “modernidad”. Palabra vacua, si se quiere, arruinada por el abuso, pero que aquí tiene un sentido preciso: los populismos florecen al culminar una larga época de profunda inmersión en la onda expansiva de Occidente, de la cual América Latina es la extrema ramificación. Es decir, la onda del capitalismo, así como también la del constitucionalismo liberal. La portentosa globalización que cubrió el área latinoamericana desde mediados del siglo XIX y la Primera Guerra Mundial, alterando drásticamente su perfil demográfico, social, económico, cultural, creó las condiciones en las cuales emergió el populismo. Lo hizo ya sea desgastando o destruyendo el orden antiguo, ese orden corporativo de origen colonial, jerárquico y al mismo tiempo paternalista, ya sea fomentando las fracturas típicas de la modernidad: la cuestión social, o sea el conflicto entre capital y trabajo; la cuestión política, o sea el pasaje de la política de pocos a la política de masas; la cuestión espiritual, o sea la secularización, la traumática separación entre la esfera espiritual y la temporal en una región impregnada de unanimidad religiosa; en fin, la progresiva emancipación de la política de la religión. Pues bien,

el populismo nació como respuesta a estas convulsiones, como reacción a tales extraordinarias transformaciones, como remedio, eficaz o no, a sus efectos.

La esencia de tal respuesta y la razón debido a la cual el populismo impregna la historia latinoamericana del siglo XX las veremos posteriormente. Antes es necesario observar que, en América Latina como en otras partes, el nacimiento del populismo se concibe sólo en un horizonte democrático, aunque entendido en sentido amplio y no en términos meramente políticos.⁴ Es decir, encuentra su humus en un clima histórico caracterizado por la apremiante demanda de ampliar la arena pública, de extender la ciudadanía política, social y moral, de proteger a los huérfanos de las antiguas estructuras corporativas y comunitarias. En otros términos, se concibe en un horizonte ideal y social en el cual el pueblo es, o se considera comúnmente que deba ser, el titular de la soberanía, la fuente indiscutible de la legitimidad del poder, el centro del orden social. Poco importa, en este contexto, que en América Latina la democracia política fuese una mercancía muy rara en aquella época, y menos aún que también los gobiernos surgidos en nombre del pueblo soberano por efecto de la onda populista violaran su espíritu y letra. En cambio, es importante subrayar que los populismos nacieron como promesas de rescate de la soberanía popular incautada y pisoteada por esta o aquella élite: por la autocracia de Porfirio Díaz en México y de Augusto Leguía en Perú, por la democracia bloqueada y fraudulenta de la Concordancia argentina en los años 30, por el asfíctico pacto oligárquico brasileño de la República Velha, por el sofocante bipartidismo colombiano en los años cuarenta o venezolano en los años noventa, y así por el estilo.⁵

A pesar de ello, los primeros estudios sobre el populismo latinoamericano adoptaron una perspectiva meramente “estructuralista”, es decir, diluyeron su dimensión política o ideológica en la dimensión socio-económica. Anunciado por el estallido de la Revolución Mexicana y propagado luego con extraordinario vigor después de la Gran Crisis de 1929, el populismo les pareció sobre todo el corolario político de la época de industrialización y nacionalismo económico que se abrió entonces. Nada, o casi nada, más que eso. Inspirados por las dos mayores teorías del desarrollo en boga durante los años sesenta y setenta, las de la modernización y la dependencia, aquellos estudios reflejaron su inclinación a reconducir en forma más o menos mecánica los fenómenos políticos hacia determinantes socio-económicas. Visto desde esa óptica, el populismo latinoamericano parecía un fenómeno peculiar pero transitorio, típico de una determinada fase del desarrollo tardío de un área periférica y destinado a morir con su superación. La fase se pensaba como coincidente con el *take-off* de la industrialización, la ruptura de las relaciones de producción tradicionales y la creación de un ejército de trabajadores disponible para la movilización política. Esto no significa que a esa lectura, no ciertamente avara de intuiciones y resul-

tados, se le escaparan algunos rasgos políticos del populismo, como el liderazgo carismático, la vocación plebiscitaria y la intolerancia por todo vínculo institucional. Pero tenía la tendencia a considerarlos sobreestructurales respecto de las políticas económicas y las bases sociales de los populismos – las primeras, fundadas sobre el dirigismo estatal y orientadas hacia la industrialización y la protección del mercado interno; y las segundas, generalmente formadas por las clases medias, obreras o campesinas atraídas por las políticas redistributivas y la protección del Estado.⁶

Sin embargo, con el tiempo, las cosas han cambiado. Al menos en parte, ya que no se puede decir que el enfoque estructuralista haya sido abandonado; si acaso, se podría afirmar que ha sido adaptado, en el intento de quitarle de encima los excesos de determinismo del pasado.⁷ El hecho es que con el paso del tiempo pareció cada vez más evidente que el populismo en América Latina, o aquella cosa para la cual no se encontraba un término más apto, trascendía las condiciones peculiares indicadas por los estructuralistas, para volver a presentarse en forma magmática y omnipresente en los contextos más abigarrados: a menudo allí donde las bases sociales y económicas que se suponía lo acompañaban todavía no existían o ya no existían más; o incluso donde las dictaduras militares de los años sesenta y setenta parecían haberlo extirpado, en general con métodos sangrientos. Ni siquiera la democratización de los años ochenta y la adhesión de los gobiernos de la región a las políticas liberalistas del Washington Consensus marcaron la desaparición del populismo, como se habría podido esperar; al punto que muy pronto, primero en los medios de comunicación y posteriormente en las revistas académicas, se empezó a hablar de neopopulismo para describir las presidencias de Collor en Brasil, Menem en Argentina, Fujimori en Perú.⁸ Neoliberalismo y neopopulismo, sostuvieron entonces muchos, eran compatibles, pensaran lo que les gustara pensar los autores del paradigma estructuralista, para los cuales las políticas económicas neoliberales y las alianzas de clases que las acompañaban, opuestas a las de los populismos clásicos, no consentían definirlos como tales.⁹ Y esto no era todo, ya que poco tiempo después el populismo resurgía también en su forma más tradicional, por ejemplo en los gobiernos de Chávez en Venezuela y Morales en Bolivia; para extenderse luego en la multiplicación de movimientos surgidos en reacción a las recetas del liberalismo económico, desde los cocaleros peruanos y bolivianos hasta los piqueteros argentinos, del indigenismo ecuatoriano hasta los sin tierra brasileños y paraguayos.

No sorprende, entonces, a la luz de tanto destello populista, que desde los años ochenta haya levantado vuelo una corriente de estudios, en su mayoría politológicos, que intenta elaborar un arquetipo del concepto de populismo fundado sobre sus rasgos políticos e ideales recurrentes. Una corriente que, aunque por diversas vías, ha llegado a la definición del populismo como “estilo”

o “estrategia” política.¹⁰ Pero la búsqueda del núcleo del populismo latinoamericano invita a ir aún más allá, sobre todo a los historiadores, que no pueden no reconocer en él reminiscencias antiguas. De aquí el creciente esfuerzo de tantos, incluido quien escribe, para individuar una especie de núcleo ideológico del populismo plasmado durante el curso de la historia de América Latina: un atrevimiento teórico, por así decirlo, visto el consolidado lugar común según el cual los populismos serían a-ideológicos, pragmatismo puro. Ciertamente, no se trata de negar de este modo la relevancia de los factores económicos y sociales en la caracterización de cada uno de los populismos, sino de indagar los orígenes recónditos de una especie de *populismo genérico*, de un humus populista común en contextos socio-económicos diversos entre ellos, a veces muy diversos. Un humus que remite a las tramas más profundas de las sociedades latinoamericanas, fruto de su experiencia histórica, alimento de sus culturas políticas, reflejo de la mentalidad, el imaginario y las creencias de muchos de sus habitantes. Sólo rastreando a fondo sus raíces, en efecto, será posible entender cómo y por qué, tanto en su época clásica entre los años treinta y cincuenta como actualmente, el populismo se ha vuelto una poderosa alternativa del liberalismo, así como el mejor termómetro de su antigua y persistente debilidad en América Latina.

2. Sobre el núcleo ideológico del populismo latinoamericano

¿Qué es, entonces, el populismo entendido como ideología? Si bien una ideología débil y no estructurada, claro está, o sea, un conjunto de valores y creencias que, a pesar de no estar organizado en forma sistemática, configura una cierta visión del mundo. Dicho en síntesis, traducido en una fórmula, creo que el populismo es la transfiguración moderna, en cierta medida secularizada y adaptada a la época de la soberanía popular, de un imaginario social antiguo: un imaginario esencialmente religioso. De un imaginario, vale la pena aclararlo, nada peculiar de América Latina, pero que en su historia, mucho más que en otros lugares e historias, tiene profundas raíces y portentosas razones para no perder vitalidad.

El populismo es moderno al postular la centralidad del pueblo sobre cualquier linaje o aristocracia. Como se dijo, es un producto de la sociedad de masas y vive en el ámbito democrático, aunque la democracia a la cual tiende suele limitarse a la esfera de las relaciones sociales y expresarse a través de categorías éticas que reflejan una clara inspiración religiosa; por el contrario, la esfera de los derechos civiles y políticos de los individuos no entra en el campo de sus prioridades, o lo hace sólo en forma accesoria. Al mismo tiempo, el pueblo invocado por el populismo, que como toda idea de pueblo es una construcción intelectual, mítica,

selectiva, está edificado con los materiales existentes y disponibles en abundancia en la historia, es decir, con símbolos, palabras, valores que muchas personas y grupos comprenden y comparten porque, justamente, evocan un imaginario social antiguo, familiar. Aquel pueblo, en efecto, suele ser entendido como una “comunidad” homogénea y primigenia, basada en una comunión de historia, identidad y destino, cimentada por vínculos de solidaridad mecánica, por decirlo con Durkheim,¹¹ y por la aversión común a una amenaza que pondría en peligro su integridad. Una amenaza externa, que en América Latina ha asumido, ante los ojos del populismo, las semblanzas del imperialismo estadounidense o del comunismo, del protestantismo y de la masonería o de la globalización y del Fondo Monetario Internacional, según los casos y las épocas; y una amenaza interna, aquella arrastrada por los “caballos de Troya”, es decir, por aquellos que en el seno de aquella comunidad “*imaginada*” instilarían el virus de ideas y modos de vida nuevos y extraños: los enemigos internos, en fin, cuya gama ha incluido infinitas tipologías en la historia del populismo de América Latina.¹²

En este sentido, la “comunidad” populista es antagonista de la “sociedad” liberal, puesto que no se refiere a supuestos contractuales y racionales, sino a fundamentos orgánicos. Es una comunidad holística, donde el conjunto excede la suma de las partes; en la cual, en suma, la ciudadanía del individuo es consubstancial a su completa inmersión en la comunidad, fuera de la cual se inicia el territorio enemigo habitado por los “antipueblo”, una expresión muy común entre los populistas latinoamericanos de cada tipo y época. En práctica, por figuras que el organismo social encarnado por los populismos no puede ni tiene la intención de metabolizar, puesto que atentan contra su homogeneidad y armonía. Desde Fulgencio Batista en la Cuba de los años 30 hasta Hugo Chávez en la Venezuela de los 90, del coronel Perón en Argentina en los años 40 al general Velasco Alvarado en Perú en los 70, que sean, se proclamen o sean percibidos de derecha o de izquierda, autoritarios o democráticos, los populismos de América Latina aparecen emparentados por la aversión a la democracia representativa de tipo liberal y a la concepción social que ella implica, a la que contraponen la explícita invocación o la implícita pulsión hacia una “democracia orgánica”.¹³ Es en virtud de dicha homogeneidad que la comunidad populista se suele expresar a través de una voz unívoca: la voz del líder, figura de la que rebosa la historia del populismo latinoamericano, que no representa sino encarna a su pueblo, del cual se propone o impone como *medium* en el camino hacia la redención y la salvación.

Por supuesto, el imaginario populista no se manifiesta del mismo modo durante las diversas épocas y en los distintos contextos. Como conjunto de valores y creencias, en efecto, cambia y se adapta; alguna vez es explícito y otras, latente. Hoy en día, por ejemplo, puede convivir o estar obligado a hacerlo, si bien sin

alegría y con permanentes tensiones, con esa misma democracia representativa a la que el populismo clásico, entre los años 30 y 60, había muchas veces cavado la fosa. Precisamente su capacidad de adaptación, por otra parte, revela su fuerza y arraigo. Fuerza que se trasluce en el carácter “delegativo” de muchas jóvenes democracias de América Latina,¹⁴ es decir, la tendencia persistente de los presidentes a invocar la soberanía del pueblo para saltar como un fastidioso obstáculo aquel “polo constitucional” –el poder judicial, el Parlamento, la “reglas” en general– que en las democracias representativas suele garantizar contra la tiranía de la mayoría. De este modo, de hecho, ellos intentan volver a recorrer, a sabiendas o no y por medio de nuevos senderos, el viejo rumbo populista que conduce a la reunión del líder con su pueblo en el ámbito de una comunidad holística, impermeable a las “divisiones artificiales” impuestas por las instituciones representativas.

3. El momento populista en América Latina

Si el populismo en América Latina resiste y regresa no es únicamente por el imaginario que evoca y difunde, sino también por las condiciones favorables que encuentra y aprovecha. Condiciones que favorecen su frecuente pasaje de cultura política latente a opción política concreta. Veámoslas. En general, el populismo suele denostar a determinadas élites –políticas, económicas, intelectuales, religiosas y otras– en nombre del pueblo, en la acepción de la que se hablaba, defraudado de su soberanía por una especie de oligarquía, compuesta a veces por los partidos tradicionales, a veces por los potentados económicos, a veces por intelectuales cosmopolitas, a menudo por todos ellos juntos, culpables de haber usurpado su representación. Este “momento populista” suele, por otra parte, coincidir con la culminación de un largo y profundo ciclo de transformaciones que han producido en amplios sectores de la población un efecto o una sensación de desintegración, podría decirse de extravío, inseguridad y de pérdida de identidad.¹⁵ En estos casos es muy probable que el populismo encuentre un clima favorable para acoger su promesa de reintegración, sea material o simbólica.

Ahora bien, este cortocircuito de la representación se ha producido y continúa produciéndose con extraordinaria frecuencia en América Latina, donde, de hecho, a una sociedad fragmentada, segmentada a partir del trauma de la Conquista y de las espesas barreras étnicas y culturales que se fueron acumulando en sus sociedades, corresponde la crónica debilidad de las instituciones democráticas. Dicho de otra manera, existe un vistoso contraste entre las estructuras democráticas de la arena política y las autoritarias de las relaciones sociales. Dos elementos, obviamente, que se alimentan recíprocamente y cuyo reflejo es la

difusa desconfianza de amplios sectores de la población, ansiosos de integración material y rescate ético, hacia la arquitectura de la democracia liberal. Por el contrario, el imaginario organicista, intolerante de la representación política pero conectado a una concepción social que postula la unión armónica de la sociedad, que invoca al nexo solidario que ligaría a sus miembros desde los orígenes y reivindica un vínculo directo entre el pueblo y el que encarna su identidad en una especie de “democracia de la semejanza”,¹⁶ conserva una difusa legitimidad. Guste o no, en efecto, ese imaginario resulta familiar y sus respuestas parecen alentadoras para una gran parte de aquellos que la democracia representativa no logra representar, porque son pobres, marginales, indios, negros, campesinos sin tierra o trabajadores sin ocupación, o por miles de otras razones.

A la luz de todo esto, no es el caso que los pilares del orden populista latinoamericano, allá donde el populismo se ha hecho régimen, hayan estado en los órganos funcionales de la sociedad y no en las típicas instituciones de la democracia liberal. Los populismos en el poder, de la comunidad organizada de Perón a la república bolivariana de Chávez, del Partido de la Revolución Mexicana de Cárdenas al Movimiento Nacionalista Revolucionario de Paz Estensoro y al Estado Novo de Vargas, más allá del involucramiento institucional en el cual se han envuelto, han fundado un orden basado en los “cuerpos” del organismo social, o sea en las corporaciones: los sindicatos, los ejidos, las Fuerzas Armadas, la Iglesia, las universidades, los “gremios” industriales, los organismos territoriales, las redes familiares, en diversas combinaciones según los casos. Por el contrario, los Parlamentos, los partidos políticos, los gobiernos locales, los poderes judiciales, han desarrollado, por lo general, funciones propedéuticas para la consolidación de los populismos en el poder, haciendo la mayoría de las veces de canales de reclutamiento clientelar y de ampliación de las redes políticas de clanes y familias. Redes cuya extraordinaria fuerza testimonia la escasa autonomía de la esfera política en un ambiente social dominado por un imaginario y por instituciones prepolíticas, donde el populismo cosecha en abundancia.¹⁷

De hecho, el ánimo corporativa del populismo encuentra reflejo en su esencia antipolítica, en el sentido de que su propensión a concebir la sociedad como un conjunto homogéneo y natural lo lleva a individuar en la política un vehículo de divisiones artificiales, peligrosas para la salud de la comunidad que afirma salvaguardar. Todo esto se manifiesta en la tipología de los líderes que normalmente han llevado las riendas de los movimientos o regímenes populistas. Además de ser efectivamente *outsiders*, o sea hombres que ostentan y exhiben una especie de “licencia de foráneo” respecto del mundo político, provienen en una gran cantidad de casos de las filas militares –Perón, Ibáñez, Chávez, Velasco Alvarado, Torrijos y muchos otros–, es decir de instituciones que en la historia

continental han normalmente reivindicado un rol de encarnación de la unidad nacional, organicistas por estatuto y mentalidad.¹⁸

Es precisamente este peculiar contraste entre instituciones representativas raquílicas y un robusto imaginario holístico lo que encontramos en la fuente del peronismo en Argentina, del asiduo regreso de Velasco Ibarra en Ecuador, de la revolución boliviana de 1952, del triunfo electoral de Vargas en Brasil en 1950, de los sollozos populistas que acompañaron la difícil consolidación del orden revolucionario mexicano, de las mil pulsiones populistas que cubren la historia peruana, panameña, nicaragüense, paraguaya. Y que ha hecho posible el ascenso de líderes tan diversos como, por una parte, Menem y Fujimori, surgidos de las ruinas del modelo estatal, y por la otra de Chávez, llevado en candilejas por la agonía del bipartidismo venezolano. Por otra parte, si estos son los rasgos del “momento populista”, se entiende mejor la ola de populismo que cubrió América Latina entre las décadas de 1920 y 1950, vistos los efectos desintegradores de la larga modernización que empezó en la mitad del siglo anterior; y también se entiende que el populismo apremie hoy, después de treinta años de convulsa “globalización”.

4. Revolución o regeneración. Las paradojas del populismo latinoamericano

Todo lo anterior ayuda a comprender una aparente paradoja: aquella por la cual en América Latina los populismos se suelen proclamar revolucionarios sin serlo. O al menos, sin serlo en el sentido tradicional. Por un lado, de hecho, es verdad que los populismos entienden regenerar una determinada comunidad derrocando las élites en el poder y su orden político: el porfiriato en México en 1911, el régimen de la Concordancia en Argentina en 1943, aquel de la “rosca” en Bolivia en 1952, la partidocracia en Perú en 1968 y en Venezuela en 1998, y así por el estilo. En este sentido, por definición, los populismos son revolucionarios, ya que producen un repentino y drástico recambio de las élites políticas. Pero si parecen revolucionarios en relación a los regímenes que los precedieron, o sea a sus “enemigos”, no se puede decir que los populismos lo son igualmente en el momento en el cual delinean un nuevo orden social, construido sobre las ruinas del viejo. Ello con gran bochorno de los “verdaderos” revolucionarios, o pretendidos tales – muchos de los cuales, en la historia latinoamericana, especialmente en los años 60 y 70, se acompañaron con este o aquel movimiento populista con la esperanza de alcanzar y comprometer en los propios diseños a aquel pueblo al que no encontraban acceso, para encontrarse ante la evidencia que ni los populismos ni sus pueblos solían compartir su ideal revolucionario. Aquí están,

entonces, los Montoneros que dan la espalda a Perón en 1974, desilusionados por la moderación del viejo líder, los grupos más radicales distanciados del APRA en Perú, del MNR en Bolivia, del PRI en México y muchísimos más.

En tanto factores de la regeneración de la comunidad orgánica formada por el “pueblo”, en efecto, es al restablecimiento de armonía que aspiran los populismos. Su revolución, entonces, si bien comporta a menudo virajes radicales a favor de este o aquel sector social, mira a restablecer el equilibrio entre los diversos órganos del cuerpo social para que contribuyan al unísono a conseguir el fin común. El sostén, directo o indirecto, tenue o radical, a aquella parte de la sociedad que consideran penalizada por las transformaciones en curso, no tiene en los populismos el objetivo de dar un vuelco decisivo a las relaciones sociales, sino más bien aquel de recrear las condiciones de la colaboración entre las clases, cuyo conflicto, fruto del impacto con el mundo externo, amenaza la supervivencia y la reproducción del conjunto. También por este motivo no es sorprendente que los populismos, y algunas veces hasta el mismo movimiento en épocas diversas, sean alguna vez “progresistas” y otras veces “conservadores”, una vez vinculados más bien a los trabajadores, otra vez a los propietarios.¹⁹ En efecto, la suya tiene a menudo el aire de una especie de “revolución preventiva” realizada no sólo en el interés de sus beneficiarios inmediatos, sino también de aquellos que en el momento resultan penalizados: los ricos y poderosos en el caso de los populismos sociales, puesto que el precio que aceptan pagar a corto plazo favorecerá sus intereses futuros; los sectores populares en el caso de los populismos neoliberales, que les prometen para el futuro los frutos de los sacrificios sufridos en el presente. En síntesis, el horizonte ideal del populismo latinoamericano permanece, a pesar de todo, en la colaboración entre las clases y los “cuerpos sociales” en el interior de una comunidad de la que ha rígidamente delimitado las fronteras, una especie de tercera vía de tendencia corporativa e imaginario organicista.

Dicho esto, en América Latina como en otras partes, hoy como ayer, la ambivalencia del populismo salta a los ojos, aunque los elementos de tal ambivalencia no revelan una contradicción sino su esencia más profunda. Por un lado, de hecho, los populismos han sido y siguen siendo con cierta regularidad canales a través de los cuales las masas se integran y nacionalizan. Al hacer esto han desempeñado una evidente función democrática, coronada generalmente por un amplio consenso, tanto los que han llegado por primera vez al poder a través de elecciones regulares, como los numerosos cuyos transcurros dictatoriales no les han impedido acceder al gobierno mediante el sufragio popular, como en los casos de Perón, Vargas, Ibáñez y otros. Como tales, se ha visto claramente que los populistas han colmado, con sus modalidades peculiares y su aliento

palingenésico, el foso, a menudo abismal, entre las instituciones democráticas liberales y grupos más o menos extensos de la población.

Por el otro lado, sin embargo, los populistas siempre han manifestado una explícita tendencia excluyente. En nombre de la voluntad del pueblo, de hecho de “su” pueblo, expresan una radical pulsión autoritaria, por no decir una vocación totalitaria; lo que, dicho sea paso, hace que también su función integradora sea parcial y precaria. El pueblo del populismo es la totalidad, el entero, el bien, la virtud, la nación, con sus rasgos eternos y definitivos. Fuera de él se incubía el mal, la enfermedad que ataca al sano organismo de la comunidad. La lógica maniquea del populismo no permite escapatoria. Decididos a regenerar al pueblo, a rescatar su identidad pura y amenazada, que pretenden sólo ellos encarnar – llámese peruanidad, argentinidad, *brasilianidade* o cubanidad –, a realizar un proyecto providencial, una misión de salvación y redención, los populismos son impermeables al pluralismo, en el cual, lejos de ver la fisiológica resultante de la diferenciación social, individúan la patológica manifestación de las divisiones introducidas artificialmente en el organismo social por los agentes patógenos penetrados desde afuera. Como tal, el pluralismo es una enfermedad a extirpar.

Ahí donde apacienta el electo, es decir, el pueblo, no puede sino penar el condenado, el repudiado. Términos estos no casualmente tomados del vocabulario bíblico, desde el momento en que el maniqueísmo de los populismos latinoamericanos revela su inseparable nexo con un universo religioso cuanto más vital y concreto, en particular entre las masas populares; un universo cuyos símbolos y cuyas liturgias, hechas propias por el populismo, han parecido y a menudo todavía les parecen a esas masas más familiares, significativos y comprensibles que los complejos mecanismos institucionales del estado de derecho, por lo general reservados al mundo de las élites sociales y culturales. Herederos, conscientes o no, del imaginario organicista de raíz católica de la época colonial, pero al mismo tiempo profundamente modernos en virtud de su legitimación en la soberanía popular, los populismos lo secularizan hasta proponerse como fundadores de un nuevo credo, sostenido por una especie de fundamentalismo moral y de exclusivismo ideológico.²⁰ El imaginario populista y el religioso, por otra parte, tienen muchos puntos en común: el orden natural al que los populistas reconducen la comunidad formada por el pueblo tiene mucho en común con el orden divino del cual, en una perspectiva religiosa tradicional, descendería el orden temporal. En ambos casos, la esencia legal-racional del vínculo político es rechazada en nombre de un orden revelado al cual se debería el fundamento de la *polis*. Esto no quita que como fenómeno político el populismo sea autónomo respecto de la esfera de lo sacro, al punto de hacer las veces de vector mediante el cual el imaginario religioso tradicional se traspone sobre el terreno moderno de

la política. En este sentido, es una especie de “religión secular”, con su “verbo” y su “profeta”, sus cultos y sus liturgias: todo en nombre del “pueblo”.

5. América Latina, tierra electa del populismo

América Latina es, más que otros, el continente del populismo. ¿Por qué? En el fondo, el núcleo ideológico del populismo latinoamericano no se distingue en modo significativo del populismo genérico típico de la experiencia histórica de Occidente. ¿Por qué, entonces, América Latina se presta más a él, al punto de presentarse como un laboratorio populista siempre en ebullición, hasta imponerse en algunos casos como emblema del populismo consolidado?

Para comenzar, se puede decir que, si en general el populismo representa un serio modelo antagonista de la democracia representativa, entonces el éxito del populismo latinoamericano es especialmente comprensible. A pesar de que la experiencia democrática de América Latina ha sido a menudo paródica e incompleta, en efecto, queda el hecho de que en ella, desde la independencia, la legitimación teórica del orden político ha sido el pueblo soberano. Lo que ha hecho tan sólida y poliédrica la persistencia del populismo en América Latina, por consecuencia, sería que en ningún otro lugar se ha vuelto tan profundo el surco entre la democracia imaginada y la democracia real, entre las instituciones democráticas formales y el efectivo funcionamiento del juego democrático, entre expectativas y resultados. Un surco excavado por la distancia entre derechos políticos teóricos y derechos sociales y civiles efectivos, entre ciudadanía formal y posibilidad de acceso a sus prerrogativas. Para muchos ciudadanos latinoamericanos, en efecto, la experiencia democrática no ha comportado integración y participación ni ha garantizado el acceso a los derechos universales que ella debería asegurar. Entonces, no sorprende que allá donde la democracia representativa se ha revelado insuficiente para derrocar las vallas materiales, culturales, simbólicas, étnicas, que separan mundos alejados años luz entre ellos a pesar de convivir dentro de las mismas fronteras, el populismo haya representado un efectivo canal de acceso de las masas a la dignidad social y simbólica. El carácter histórica y estructuralmente segmentado de las sociedades latinoamericanas, aunque unas lo posean más que otras, es entonces el primer elemento clave para comprender el eterno retorno del populismo.

Sin embargo, dicho elemento desemboca en el populismo porque confluye con un segundo factor, también éste esculpido por la historia: la persistencia y vitalidad, en la experiencia histórica de América Latina, de un imaginario social alternativo al imaginario de la democracia representativa de tipo liberal; es decir, del imaginario holístico, cuyas raíces residen en el fondo de las estructuras

mentales y normativas de la cristiandad colonial; un imaginario en el cual se han superpuesto unidad política y unidad religiosa, donde los fundamentos de la *polis* se han plasmado de acuerdo a un principio de unanimidad confesional y donde por lo tanto la concepción moderna de sociedad abierta y plural no tiene fuertes raíces. Un imaginario y unas estructuras, finalmente, que la evolución de la historia latinoamericana, se diría, ha reforzado más que erosionado, y que todavía hoy plasman los valores y las expectativas de tantos actores políticos y sociales de América Latina. El populismo, obviamente, es, en su extraordinaria reiteración, su emblemática forma de adaptación a la política moderna.

Ahora bien, aunque estos dos elementos –la sociedad segmentada y la vitalidad del imaginario holístico– serían de por sí suficientes para explicar el abundante alimento que nutre el populismo en América Latina, hay un tercero que le proporciona un carburante inagotable, que actúa como portentosa fuente propulsora. Dicho de manera algo *démodée*, es el carácter periférico de la modernización latinoamericana. El hecho de que las más profundas transformaciones de la sociedad, de la política, de la cultura, de las costumbres latinoamericanas se hayan producido históricamente como reflejo, por ósmosis, como la prolongación de procesos comenzados en Europa o en Estados Unidos, engordó y sigue engordando las pulsiones populistas. Que fuera el liberalismo o la masonería, el socialismo o el anarquismo, el comunismo o el imperialismo, los monopolios o la burguesía internacional, las multinacionales o Wall Street –y quien más tenga más le ponga–, el cambio venía desde fuera. O al menos, así parecía. Inútil decir que los populismos han recabado enormes acreditaciones de tal circunstancia cada vez que han invocado la *union sacrée* del pueblo y de la nación contra el enemigo a las puertas; contra el extranjero y el extraño que asaltaban las virtudes, la identidad, la armonía del pueblo.

En conclusión, entonces, es legítimo observar que, apoyándose sobre bases tan precarias, la política por lo general no ha cumplido, en la historia de América Latina, con su deber de articular y metabolizar las diferencias sociales reconduciéndolas a valores y reglas compartidas. Por consecuencia, se ha convertido en un territorio peligroso, un campo de batalla donde el populismo ha logrado a menudo imponerse como un eficaz instrumento de integración de los excluidos invocando en su nombre una especie de comunidad originaria. Una comunidad que los movimientos populistas se proponen reconducir a sus raíces, las cuales, como se ha visto, se hunden en la esfera social y espiritual más que en la política y evocan una cosmología religiosa. En la actuación del populismo, de esta manera, la acción política tiende por lo general a reflejar una pulsión escatológica, no logrando así conseguir autonomía, dignidad y legitimidad. La lógica maniquea que la inspira tiende a reducir los conflictos a guerras religiosas, a enfrentamientos entre verdades absolutas y opuestas palingenias, entre tipos

antropológicos imposibilitados de convivir. En tal sentido, el populismo, aun en su modernidad, revela la debilidad histórica del *ethos* liberal en América Latina, su dificultad de afirmarse como aglutinante político más cautivante y prometedora, a los ojos de una gran parte de la población, que el antiguo aliciente de una comunidad homogénea y tranquilizadora encarnada por el populismo, capaz de dar respuesta a la eterna búsqueda de sentido y pertenencia de los individuos y de los grupos humanos.

Igualmente, en términos históricos, el populismo refleja el peculiar y, en cierto modo, inacabado pasaje de América Latina del orden antiguo al moderno; aquel pasaje en el curso del cual a menudo se ha perdido, o no se ha encontrado, el camino hacia la ampliación de la ciudadanía democrática que habría podido vaciar poco a poco el paisaje social e ideal dominado por la fuente organicista, por el mito de la armonía social como reflejo de un orden natural o divino, por la antítesis entre redención y condenación, por el repudio del pluralismo visto como manifestación de una patología de la vida colectiva, por el dogma del unanimismo espiritual, transformado por el populismo en el dogma del unanimismo político y espiritual.

NOTAS

- 1 Este artículo retoma y sintetiza algunas reflexiones realizadas en mis trabajos “El populismo. Sul nucleo forte de un’ideologia debole”, *Polis*, XVI, n. 2, agosto 2002, pp. 263-292; “Io, il popolo. Note sulla Leadership carismatica nel populismo latinoamericano”, *Ricerche di Storia Politica*, n. 3, 2002, pp. 431-440; y “Liberales y católicos, populistas y militares. El imaginario organicista y la producción del ‘enemigo interno’ en la historia de América Latina”, en M. García Sebastiani y Fernando del Rey (comps.), *Los desafíos de la libertad. Transformación y crisis del liberalismo, Europa y América Latina (1890-1930)*, Biblioteca Nueva, Madrid 2008, pp. 316-341.
- 2 Sobre estos ejemplos cfr. R. Gillespie, *Soldados de Perón: los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo 1987; R.M. Levine, *Father of the poor? Vargas and His Era*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988; S. Stein, *Populism in Peru: The Emergence of the Masses and the Politics of Social Control*, Madison, University of Wisconsin Press, 1980.
- 3 Cfr. las reflexiones de G. Germani sobre el nacional-populismo en su *Authoritarianism, Fascism, and National Populism*, Transaction Books, New Brunswick, N.J. 1978.
- 4 En tal sentido, el populismo de América Latina no constituye una excepción. Sobre el horizonte democrático en el que se inserta, en líneas generales, el populismo han insistido Y. Mény y Y. Surel, *Par le peuple, pour le peuple: le populisme et les democracies*, Fayard, Paris 2000. La fundamental observación según la cual la esfera dentro de la que el populismo declina su ideal democrático es la social y no la política, se remonta a I. Berlin, *Russian Thinkers*, Penguin Books, Harmondsworth, 1978.

- 5 Una casuística relativamente amplia de populismos se encuentra en M. Conniff (comp.), *Populism in Latin America*, Tuscaloosa, The University of Alabama Press, 1999.
- 6 Sobre el debate en cuestión cfr. D. Quattrocchi- Woisson, “Les populismes latino-américains à l’épreuve des modèles d’interprétation européens”, *Vingtième Siècle*, octubre-diciembre 1997.
- 7 Cfr., por ejemplo, P. Cammack, “The resurgence of populism in Latin America”, *Bulletin of Latin American Research*, v. 19, 2000, pp. 149-161. En este género de producción se inscribe también M. Sznajder, “Il populismo in America Latina”, *Ricerche di Storia Politica*, n. 3, 2004.
- 8 Cfr., por ejemplo, K. Roberts, “Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America: The Peruvian Case”, *World Politics*, v. 48, n. 1, 1995, pp. 82-116; G. Philip, “The New Populism, Presidentialism and Market-oriented Reform in Spanish South America”, *Government and Opposition*, n. 33, 1998, pp. 81-97.
- 9 Entre los más agudos sostenedores de tal compatibilidad está K. Weyland, “Clarifying a Contested Concept. Populism in the Study of Latin American Politics”, *Comparative Politics*, October 2001, pp. 1-22.
- 10 De “estrategia política” habla K. Weyland, “Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: How Much Affinity?”, *Third World Quarterly*, v. 24, n. 6, 2003, pp. 1095-1115; cfr. también A. Knight, “Populism and Neo-populism in Latin America, Especially Mexico”, *Journal of Latin American Studies*, v. 30, 1998, pp. 223-248; C. de la Torre, “The Ambiguous Meanings of Latin American Populism”, *Social Research*, v. 59, n. 2, Summer 1992, pp. 385-414.
- 11 É. Durkheim, *De la division du travail social*, 8e. éd, Presses Universitaires de France, París 1967.
- 12 “Comunidad imaginada”, en el sentido que le da B. Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London, Verso, 1991.
- 13 R. Dix, “Populism: Authoritarian and Democratic”, *Latin American Research Review*, v. 20, n. 2, 1985, pp. 29-52; para la fuente organicista en los casos citados cfr. R. Whitney, *State and Revolution in Cuba. Mass Mobilization and Political Change, 1920-1940*, Chapel Hill and London, The University of North Carolina Press 2001; S. Ellner y D. Hellinger (comps.), *Venezuelan Politics in the Chávez Era*, London, Lynne Rienner 2003; L. Zanatta, *Perón y el mito de la Nación católica*, Buenos Aires, Sudamericana 1999; S. Stein, *Populism in Peru*, cit.
- 14 G. O’Donnell, “Delegative Democracy”, *Journal of Democracy*, v. 5, n.1, January 1994.
- 15 Cfr. Méry y Surel, *Par le peuple, pour le peuple*, cit.
- 16 G. Hermet, *Les populismes dans le monde. Une histoire sociologique, XIXe.-XXe. siècle*, Paris, Fayard, 2001, pp. 59-61.
- 17 Cfr. D. Balmori, S.F. Voss y M. Wortman, *Notable Family Networks in Latin America*, Chicago, Chicago University Press, 1984.
- 18 B. Loveman, *Por la Patria: Politics and the Armed forces in Latin America*, Wilmington, SR Books. 1999.
- 19 El caso más asombroso es, en este sentido, el peronismo, en su parábola de Perón a Menem pasando por Montoneros; cfr. A. Borón et al., *Peronismo y Menemismo*, Buenos

Aires, *El Cielo por Asalto*, 1995. Pero la misma trayectoria y ambivalencia se encuentran en muchos otros movimientos de raigambre populista, desde el PRI mexicano al MNR boliviano, del Aprismo peruano a la tradición varguista en Brasil y a aquella *adeco* en Venezuela.

- 20 El imaginario religioso de los populismos puede comportar, como en los casos de Vargas y Perón durante las primeras fases de sus regímenes, la alianza entre los populistas y la Iglesia. En general, sin embargo, la forma secular que tienden a imponer al imaginario religioso lleva a los populistas a competir en el mismo terreno de las instituciones eclesiásticas, con las cuales entran en conflicto. Para algunos ejemplos sobre el universo ideal protorreligioso de algunos populismos cfr. R. Di Stefano y L. Zanatta, *Historia de la Iglesia argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Grijalbo-Mondadori, 2000, pp. 513-555; M. Navarro, *Evita*, Buenos Aires, Planeta, 1994; D.H. Henderson, *Modernization in Colombia: the Laureano Gómez Years, 1989-1965*, Gainesville, University Press of Florida, 2001; S. Mainwaring, *The Catholic Church and Politics in Brazil, 1916-1985*, Stanford, Stanford University Press, 1986.